

*Intercambiando Saberes, una
Mirada a la Plaza del Siete*

la **EScuela** **Abierta**

La Escuela Abierta

*Intercambiando Saberes, una
Mirada a la Plaza del Siete*

INICIATIVA
Ganadora

Pde 2021 PORTAFOLIO d'ISTRITAL de
estímulos para la
cultura



SECRETARÍA DE
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE





Autores

Débora Buendía Puyo. Coordinación del Proyecto

Mariapaz Buendía Puyo. Caracterización

Francisco Javier Buendía Puyo. Tallerista Artes Plásticas

Daniela Buendía puyo. Tallerista Creación Culinaria

Saray Buendía Puyo. Tallerista Expresión Corporal

Jesús Buendía Puyo. Tallerista Creación Musical

Santiago Buendía Puyo. Registros Visuales

Samuel Buendía Puyo. Creación Contenidos Web

Diseño

La Escuela Abierta

Diciembre 2021

ISBN 978-958-53978-0-4

Bogotá, D.C., Colombia

somoslaescuelaabierta@gmail.com





Contenido

Presentación	1
Intercambiando Saberes, una Mirada a la Plaza del Siete	2
El Barrio	3
La Plaza	6
La Escuela Abierta	9
Sujetos y Contexto	12
Hacer Artístico	38
Taller Experiencia Culinaria	40
Taller de Artes Plásticas	50
Taller Música	58
Taller Expresión Corporal	74
Palabras Finales	88



Presentación

La Escuela Abierta comienza sus primeros pasos en la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, significa un camino que se bifurca, porque entiende, deja por un lado la forma para la comprensión y el alimento, arte y vida

Entonces lo que nos mira, lo que nosotros de regreso, una creación conjunta que nos refiere los habitantes de ese barrio, el vecino que veo todos los días cuando voy por el pan, el de la plaza a medio día. Esos ojos que se empatan en una mazorca, en el hilar de la paciencia de estar en un lugar de manera rigurosa, ese cuidado colectivo que puede significar uno de los lugares que con más frecuencia se anidan, porque se vuelve a ellos. y ahí está el veci.

Así la plaza es un lugar que todos reconocemos en cualquier mercado. Ese mirar es ahora social, porque refiere un lugar en donde las maneras se encuentran.

El presente texto surge del reconocimiento obtenido por La Escuela Abierta al ser uno de los ganadores de la “beca para la realización de procesos de formación artística y cultural en la localidad de barrios unidos” con el proyecto Intercambiando Saberes, una Mirada a la Plaza del Siete.

Intercambiando Saberes, una Mirada a la Plaza del Siete

En las siguientes páginas se desarrolla la caracterización del proyecto “Intercambiando saberes, una mirada a la Plaza del Siete”. En primer lugar, se ubica contextualmente el escenario donde se realizó la iniciativa, abordando el espacio físico y las dinámicas presentes a nivel barrial, describiendo generalidades y transformaciones que ha tenido el Siete de Agosto como barrio. Desde allí, es posible situar la Plaza de Mercado del Siete de Agosto y otorgarle sentido a partir de su origen en el barrio e importancia local. Posteriormente, se narra la experiencia de observación participante que se llevó a cabo para convocar a los trabajadores de la plaza e invitarlos a los talleres de formación artística. Ponemos las voces propias y de los trabajadores para caracterizar a los sujetos que habitan la plaza y las formas en que se relacionan y socializan. Finalmente, se describe cada uno de los talleres realizados, evocando la experiencia desde los sentires de los participantes y profesores.

El Barrio

En la gran ciudad de Bogotá, específicamente, en la localidad Barrios Unidos, se encuentra el barrio popular al que se le otorgó el nombre Siete de Agosto. En homenaje a la Batalla de Boyacá dada en 1819, se le llama a aquellas cuadras entre la calle 63 hasta la calle 68 y de la carrera 24 hasta la carrera 30, como una de tantas fechas alusivas a la independencia que han tenido lugar en nuestro país. Cien años después de este acontecimiento histórico, el emigrante judío Salomón Gutt, adquiere algunos terrenos cerca de chapinero y funda el barrio Siete de Agosto; los potreros se transformaron en zonas residenciales, pobladas por campesinos e indígenas que llegaban a la capital a causa del desplazamiento que vivieron por la violencia en el sector rural. En los años cincuenta, el barrio comenzó a adquirir un sentido comercial, los campesinos se organizaron en los lotes donados por Nemesio Camacho que constituyen hoy, la plaza de mercado del barrio, la cual se inauguró en 1972 después de un incendio que acabó con los tabloneros en los que se encontraba la mercancía. Así pues, se comercializan los productos agrícolas, a la vez que, se conforman algunos talleres y almacenes de repuestos para autos, comercio de marroquinería y textiles.

Nace un barrio de población obrera, de campesinos e indígenas. Sumido en transformaciones paulatinas, se transforma una zona de potreros y pastizales en un barrio sobre el que se levantaron talleres, comercios y hogares, surgiendo así el barrio popular Siete de Agosto. Con el pasar de los años se ha convertido en un punto de referencia para la localidad, es distinguido por la diversidad de actividades que allí tienen lugar. Es reconocido por su gran movimiento económico, los repuestos para automóviles y los talleres de mantenimiento, dicen los bogotanos que los del Siete de Agosto son los mejores; sus comercios de textiles, cuero y muebles tienen renombre en la ciudad.

Sin embargo, el Siete de Agosto también es reputado por el tránsito de recicladores llevando sus carretas a cuesta por estas cuadras del extremo norte de Bogotá, por los cuerpos que se exhiben en las puertas de los prostíbulos, la indigencia, la delincuencia y crímenes sin resolver que lo han catalogado incluso, como una zona de tolerancia. Nos encontramos también con la multitud de autos que se toman las vías como parqueaderos, obstruyendo el paso de quienes lo recorren; vendedores informales con sus carritos de helado, de dulces, puestos informales de chorizos, arepas, mango biche, aguacates, flores, frutas, loterías entre otros; personas mayores y jóvenes que trabajan bajo el sol o trasladando sus carretas. Es un barrio de casas grandes y antiguas, con fachadas desgastadas, dispuestas para que alguna familia las ocupe pero adaptadas como bodegas, fábricas y comercios.

El Siete de Agosto es, tal vez, como el típico barrio citadino. Transitado con prisa, colapsado por autos, trancones, calles con huecos, personas ofertando y otras comprando. Habitado por clase media trabajadora, familias con ascendencia campesina y otros nómadas que encontraron un lugar en estas calles; con su respectiva iglesia, parques y claramente, con una manzana en la que se organizó y construyó una de las diecinueve plazas de mercado públicas de la ciudad de Bogotá, la Plaza de Mercado del Siete de Agosto.



La Plaza

La Plaza de Mercado del Siete de Agosto, es sinónimo de historia, de memoria viva, es una manzana que nos narra un barrio y unos sujetos que, desde sus lugares como trabajadores, padres, abuelos, estudiantes, amigos, vecinos, entre otros, representan la cultura, la tradición campesina, el arte desde su oficio; es por ello, que nos ocuparemos en las siguientes páginas de develar lo que acontece en un contexto limitado a unos pocos lotes y con la población que vivifica este espacio. La plaza de mercado es escenario de encuentro, diálogo, costumbres, intercambio, aprendizajes; es un entramado de relaciones que se gestan entre individuos desconocidos que socializan en torno a productos y actividades, de manera que se logra convertir a los extraños en vecinos, en cercanos.

La historia de la Plaza de Mercado del Siete de Agosto se viene cimentando desde los años cincuenta, cuando se dispusieron los lotes que Nemecio Camacho regaló para que se instalaran en ellos quienes venían del campo para vender la papa, granos y el café. Una plaza inventada, con tablonos y cajas sobre el suelo, en ellas, sus productos acomodados; las ventas se hacían al aire libre, sin un techo que les cubriera de la bipolaridad climática que se vive en la ciudad de Bogotá. Familias enteras llegaron al barrio que se instalaron en él porque tenían un espacio para ofrecer su mercancía; algunos consiguieron quedarse en hogares de hospedaje pagando arriendos económicos, otros, se desplazaban diariamente desde sus viviendas desde diversos sectores hasta el barrio.

La gente comenzó a identificar el sector como punto de referencia para adquirir productos económicos y de calidad, se moviliza el área entre ofertas y compras que le otorgan visibilidad al interior del barrio, pero también fuera de él; así se mantuvo sin muchos cambios durante algunos años. Sin embargo, después del inesperado incendio que se produjo en el año 1970 en el que los vendedores perdieron todo y debieron levantarse de nuevo, entre llamas, convertidas las casetas y mercancías en ceniza, acomodando los puestos en la calle, renace la plaza en 1972. Para esta fecha, se entrega una plaza construida con ladrillos, cemento, con techo elevado y en el que las familias pudieron recuperar sus negocios, los cuales les proporcionaban ingresos y estabilidad económica.

Negocios de frutas, verduras, carnes, papas, lácteos, graneros, textiles, artesanías, plantas, hierbas, restaurantes y más, constituyen la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, siendo actualmente 275 puestos que de generación en generación han mantenido vivo este espacio, aún incluso, después de 50 años, inmersos en una realidad digital, de grandes almacenes de cadena que vienen generando el olvido de los mercados públicos y sus productos locales. Desde el año 2007, el Instituto Para la Economía Social (IPES) asume el rumbo de las plazas distritales de mercado con el objetivo de fortalecerlas, generando ganancias a los trabajadores informales en escenarios públicos, con el fin de consolidar los mercados campesinos y sus labores, ya que son un pilar fundamental en el desarrollo económico a nivel distrital.



La Escuela Abierta

En unos pocos lotes, la Plaza de Mercado encontró su lugar en el barrio del Siete de Agosto, donde también nos gestamos nosotros como familia del sector y como equipo de trabajo de La Escuela Abierta. Igual que la plaza, nuestra organización se dispone en aquellas calles de este barrio que desde niños nos ha abierto sus puertas, al que íbamos corriendo de la mano de papá para comprar el molinillo de madera, la panela, el filtro del café, el kilo de frijol cargamanto u otras tantas cosas; el barrio en el que jugábamos yermis, rejo quemado o congelados. La Escuela Abierta tiene su espacio en el Siete de Agosto, siendo una organización de la localidad de Barrios Unidos, que nace y trabaja para y desde lo barrial, proponiendo trascender a otros contextos.

Así pues, La Escuela Abierta es una entidad artística y cultural de barrio popular, consolidada formalmente a inicios del año 2021, pero la cual, ha tenido acciones destacables en campos de las artes, la cultura y la gestión de proyectos desde hace más de cinco años. El desarrollo de procesos orientados a la transformación de la realidad colombiana por medio del arte y la cultura ha permitido generar aprendizajes colectivos, acciones encaminadas a un mejor vivir.

La puerta que se abre en un inicio, parte del barrio Siete de Agosto, en donde crecen profesionales que desde sus experiencias de vida pretenden avanzar y recorrer nuevos escenarios en pro del cambio social. Es así como se han desarrollado proyectos que buscan por medio de las artes y la cultura incidir en los territorios, acompañar poblaciones vulnerables, sectores populares, generar lazos comunitarios y nuevas formas de socialización cotidiana para el fortalecimiento del tejido social.

Con lo anterior, La Escuela Abierta se toma nuevamente el barrio del Siete de Agosto para desarrollar su propuesta *Intercambiando Saberes, una Mirada a la Plaza del Siete*, ganadora del Programa Distrital de Estímulos para la Cultura 2021. Por medio de este, se busca promover espacios de formación en procesos artísticos a trabajadores y familiares de la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, para contribuir al fortalecimiento local de nuevos agentes, públicos y entornos no especializados en la práctica artística. Como entidad reconocemos la necesidad actual de procurar escenarios de intercambio, de manera que se comprenda la importancia de las labores que desempeñan los trabajadores de la plaza y que mantienen un legado histórico y tradicional que representa la identidad cultural del país.



Sujetos y espacio

Encontrar significado en lo ajeno, no siempre es tan sencillo, estamos acostumbrados a darle valor a aquello que nos pertenece y muchas veces, no comprendemos que hay cosas que también están dispuestas para nosotros, para el desarrollo en comunidad, con los otros. En este sentido, deberíamos asumir el cuidado y significar lo que nos rodea, nuestra ciudad, familia, barrio, el lenguaje, arte, cultura, lo que nos compete a todos, el agua, el parque e incluso, aquella placita que no se ha movido durante años, la que seguramente visitamos para comprar algún artículo pero sin apreciar la importancia que puede llegar a tener; la misma a la que íbamos de niños corriendo entre pasillos, la que hoy, se ve inmersa en el abandono, en el olvido, reemplazada por grandes edificaciones o almacenes que nos han hecho desviar la mirada.

Por lo anterior, es indispensable que nuevamente transitemos los barrios apropiándonos de ellos, de lo que los constituye. Los lugares en los que nacimos, crecimos o habitamos actualmente, hacen parte de nuestra individualidad, colectividad y de las formas en las que nos desarrollamos o socializamos.

El trasfondo que hay en los sujetos y espacios, pasa sigiloso e imperceptible a causa de la rapidez en la que se está moviendo todo a nuestro alrededor. Por ello, nos hace falta pausar, reflexionar, cuestionar, caminar un poco más despacio; ser conscientes de los pasos que damos y mirar los de los sujetos que van cerca, tal vez, solo mirar que hay otros cerca. Corremos contra el tiempo, hacemos parte de sociedades que nos sacuden rápidamente, en donde se vive a ritmos acelerados para alcanzar a “hacer las cosas”, sociedades en las que los hombres grises (de los que habla Michael Ende en su libro Momo) nos respiran en la nuca. Nuestros pasos tienen la marca del afán, pisamos casi sin dejar que la suela de los zapatos toque por completo el piso. A nuestro alrededor también todo parece ir a prisa; los buses que no se detienen, siguen sin esperar a nadie y a causa de nuestra manera acelerada de movernos, dejamos que las cosas pasen sin darnos cuenta. Salimos de casa apurados a comprar lo de la cena y cuando lo encontramos, agarramos el producto y estirando la mano, lo intercambiamos por un papel o un par de pequeños metales a los que llamamos dinero y nuevamente nos vamos, sin mirar las manos que lo recibieron, el rostro o la voz de quien nos atendió con agrado.

De esta manera, nos detuvimos un poco, decidimos caminar con melodías de canciones de cuna y dejar a un lado los pasos que dábamos al ritmo del metal, que nos supone un marchar más rápido. Cambiamos la velocidad, pero también miramos, escuchamos, reflexionamos, comprendimos, nos cuestionamos y actuamos en un espacio para nosotros cercano pero el cual, parecía lejano. ¡Volvimos! nuevamente estábamos allí, los mismos, frente a la plaza de mercado que tanto visitábamos, frente a nuestra plaza, de la que adquirimos productos que aún conservamos. En este andar, charlar, escuchar y estar, vislumbramos que resignificar la Plaza de Mercado del Siete Agosto expresa también el valor de sus comerciantes; del domiciliario, los trabajadores que limpian, vigilan y administran; de los clientes, de los niños que corren entre pasillos; del producto, el campo, los campesinos, la historia y la memoria de nuestro país; es, significar a nosotros mismos mediante la identidad cultural que hay en ella. Gestamos intercambio de saberes, logrando establecer lazos por medio del diálogo, las artes y el quehacer cotidiano.

Arribamos a la Plaza de Mercado del Siete de Agosto partiendo a unas pocas cuadras de distancia. Con disposición de sensibilizar e invitar a los trabajadores al proceso de formación artística que se llevaría a cabo en las próximas semanas; nos paramos frente a la entrada de la carrera 24, comimos un pan hojaldrado y echamos un vistazo de lo que sucedía allí adentro. Fuera de la plaza se escuchaba el ruido cotidiano de los carros, murmullos de las personas que pasaban, máquinas funcionando, carcajadas de quienes tomaban sus tintos para iniciar el día; al interior de esta, los sonidos, colores y olores eran completamente diferentes. Fue inevitable remontarse a los tiempos de infancia, aunque son muchas las ocasiones en las que hemos entrado siendo mayores, esta visita fue un viaje en el tiempo, instantes de observar y sentir el bullicio de la plaza, voces que llegan de todas las direcciones ofreciendo productos -"qué le faltó llevar mi amor", "qué busca mi veci", "venga que acá la atendemos como le gusta", "busque lo que quiera que acá lo encuentra"- las personas pasando de puesto en puesto buscando lo que necesitan llevar, preguntado por los precios y calculando presupuestos.

Recordar las artesanías que se extendían por las paredes y apiladas parecía que tocaban el techo, las mismas en las que mi papá compró un círculo de fique y lo convirtió en un colgador de collares, en esta oportunidad se veían más pequeñas, pero no precisamente porque hayan cambiado, sino porque el tiempo transcurre sin darse cuenta y crecemos; es el paso del tiempo que pasa fugaz y se reconoce cuando por ejemplo, Don Francisco sigue atendiendo el puesto de artesanías desde hace ya varios años, el que le vendió a papá el rodillo; en el momento que experimentas que la plaza es memoria, sonrías, porque causa gracia pensar que a ese objeto también le ha pasado el tiempo pues hace parte de la mejoría de la propia casa algo manchado y pelado de tantos desayunos y chocolatadas de las que ha hecho parte, y ahí ese hombre atendiendo nuevamente hoy a tí, con la diferencia de que en su cabeza se asoman un par de cabellos blancos.

Al inicio, el proceso que manejamos al interior de la Plaza fue reconocer el espacio, no como clientas sino asumiendo otros lugares, empaparnos de lo que la constituye. Caminar por los pasillos, sin hablar con nadie, era admirar la variedad de colores que había en cada puesto. Algunos tonos fuertes como el de la zanahoria y la calabaza, junto al verde de la espinaca o los pepinos. Las frutas organizadas como pirámides armonizaban el lugar, igual que los quesos, el pescado y las carnes bien acomodadas que se dejaban ver en las vitrinas. La sensación de estar fuera de la ciudad se vive en la plaza, es como si el cuerpo se trasladara a un pequeño pueblo, al campo... y, aunque físicamente no es así, en ella se percibe la conexión entre las zonas rurales que proveen los alimentos y las artesanías, con los espacios urbanos. Las plazas de mercado logran conectar el campo y la ciudad, a la vez que, de ella germina el encuentro cultural cotidianamente; como un espejo, emite imágenes que reflejan las interacciones gastronómicas, comerciales, sociales y políticas entre los individuos. En palabras de ellos, "*la plaza significa lo autóctono de lo campesino, de los pueblos y es también el medio de subsistencia para muchas familias*" (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21), "*la plaza es un centro cultural. Trabajamos por la tradición y el amor que se le tiene al lugar*" (Olga Lucia, Comerciante de cárnicos, 24/09/21).

Sin duda alguna, las plazas y, en este caso, la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, es un ambiente que recoge múltiples realidades que se consolidan e interactúan no solamente desde los sujetos y objetos que se encuentran en el interior, sino la imagen de todo lo que sucede por fuera hasta sus pasillos. Los imaginarios establecidos que se le asignan a la plaza, muchas veces la pintan como lugares cochinos, desordenados, caóticos e incluso con personas incultas o pobres.

"La gente no valora nuestro trabajo, piensan que porque como es una plaza entonces uno tiene que regalar las vainas. Ya me ha pasado que vienen ofensivos, groseros y uno merece respeto como persona que trabaja en una plaza... somos seres humanos que trabajamos, que nos bañamos, comemos... comunes y corrientes como cualquier persona, uno no tiene porqué desmerecerse" (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21).

La ignorancia es de quienes piensan y reproducen estas representaciones negativas, no situadas, que desconocen la diversidad de saberes, ocupaciones y acciones que desempeñan sus comerciantes y trabajadores. Se ahondará este aspecto en próximas páginas, sin embargo, cabe resaltar en este punto, que la Plaza del Siete de Agosto es un escenario de aprendizaje, en el que se concentra gran cantidad de saberes que desconocemos pero que, como dice Claudia “esa vaina tiene su ciencia”.

Evidentemente, el señor que se para durante horas en el lavadero de la carrera 23 limpiando papas rápidamente, sacando bulto tras bulto con las mangas remangadas y empapadas, tiene ciencia en su hacer de años, siendo experto en su labor. También la señora Mireya en cuanto a las formas de preparar las hierbas, conservarlas y hacer tónicos para la migraña o bajar de peso. Técnicas heredadas, otras adquiridas o inventadas; lo único cierto es que poseen su ciencia, son conocimientos propios que les dan de comer a ellos y a sus familias, con los que han hecho que aún existan las plazas, estos centros culturales de los que tenemos demasiado por aprender y a los que se les puede aportar desde el diálogo cultural. De esta manera, visitamos puesto por puesto, abordamos decenas de personas para extenderles la invitación de participar en el proceso de formación artística, que fomenta el intercambio de saberes; así, los conocimos y nos empapamos un poco más del entorno en el que están inmersos y de las formas en las que perciben y se relacionan con el arte.

Como bien se dijo anteriormente, en la Plaza de Mercado del Siete de Agosto hay alrededor de 275 puestos y cada uno de ellos, tiene por lo menos, un comerciante. Sin embargo, la mayoría cuenta con domiciliarios u empleados para atender el stand. El recorrido que realizamos no fue sencillo, implicó abordar muchas personas, entre las que también estaba el personal de aseo y seguridad. Fue una experiencia única y diferente con cada persona y el encuentro no siempre fue fácil. Primero nos acercábamos, contábamos de la organización, de nuestro lugar dentro del barrio, las apuestas y del proyecto que se llevaría a cabo y desde aquí podríamos preguntarles si les gustaría participar en un proceso de formación artístico.

Hubo muchos ¡Si! como respuesta, de manera que pensábamos que mucha gente se uniría al proceso siendo muy provechoso. Sin embargo, ese sí, se transformó en un ¡no! por diferentes razones. Dentro de las que pudimos identificar, por ejemplo, el tema de las clases de los hijos de los comerciantes; un gran número de ellos, están en el colegio y los horarios no les facilitan la asistencia o, se encuentran en clases extracurriculares y cursos en las tardes.

Otro de los impedimentos más evidentes fue en cuestiones laborales ya que, los comerciantes trabajan hasta las seis de la tarde y claramente no era factible. Encontramos más ganas e impulso de participar en los empleados de los espacios que los mismos dueños o administradores, pero algunos no podían porque sus jefes no les daban el permiso. El personal de seguridad, por ejemplo, nos comentaba que en horario laboral no podían hacer ninguna actividad lúdica y que cuando no están prestando turno no pueden asistir a su puesto de trabajo por políticas ya establecidas. Fueron muchos ¡no! como respuesta, justificadas de varias maneras “no, no puedo”, “vivo muy lejos y mis hijos no pueden venir por la distancia”, “ando muy ocupado y no me da el tiempo”, “estoy participando en unos cursos en las tardes”, “estudio en las noches y no puedo”, “a mi edad ya no estoy pa’ esas cosas”. Algunas incertidumbres de si participar o no, como Jonathan, que preguntaba con insistencia quiénes estarían, dudando porque no quería estar solo en el proceso, se le ruborizaban los cachetes y nos decía entre risas nerviosas “yo creo que voy, pero no sé...” también estaban quienes invitarían algún familiar, especialmente señores que, les dirían a sus parejas. Y cómo no nombrar los ¡No rotundos! Algunos salían en tonos apenados, manifestando que les daba pereza, no les llamaba la atención, que en es tiempo prefieren invertir en el descanso o los hijos. Sin embargo, también recibimos la indiferencia de algunos trabajadores; en un par de puestos ni siquiera nos escuchaban, eran cortantes, algunos groseros.



Entre el tránsito de las personas por la plaza, parecía en ocasiones, que los comerciantes nos veían como intrusos, invasores. Al acercarnos, muchos no querían que les preguntáramos nada, pedían que nos retiráramos, decían que debían trabajar y que no los estábamos dejando. Era un poco frustrante, en ocasiones, vergonzoso, incluso triste... llegar a un espacio que también a ti te pertenece, al que le ofreces un proceso nuevo, en el que estás dispuesto a aportar, a dar algo de lo que sabes, pero no es posible porque no les interesa, te sacan de inmediato con palabras ofensivas. Sin embargo, continuamos... en medio de ese desánimo que se ocasiona con algunas respuestas, recuperábamos el aliento con los “sí” que nos daban. La señora Claudia, de 47 años y su cuñada nos sonreían y alegremente decían que estarían interesadas, que a la plaza le hace falta realizar más procesos, cursos y talleres, que hace falta interés hacia los trabajadores. La amabilidad de algunos se manifestaba por medio de agradecimientos por cultivar espacios de participación, aprendizaje y encuentro; jóvenes como Ana Sofía que expresó su amor por los proyectos artísticos o, Camilo, un joven que trabaja en el puesto de verduras, conocido como “el rapero” cuando nos decía,

“Severo que estén haciendo este tipo de cosas en la plaza, hace mucha falta. Yo ya he hablado con la administración y con el IPES para que hagan cosas por nosotros, que siembren el arte en los jóvenes y los niños, más con todos estos chinos que se la pasan en los pasillos o todo el día acompañando a sus papás en los puestos. ¡Parece que me están escuchando!” (Camilo Posada. Empleado puesto de verduras. 08/10/21).

El recorrido era largo y teníamos muchos puestos y personas por abordar, así que a pesar de lo que sucedía, continuamos. Es importante mencionar que, nuestro acercamiento con los comerciantes y trabajadores tuvo lugar en horario laboral, por lo que muchos de ellos se incomodaban con nuestra presencia, sentían que los clientes se irían. Entendiendo la situación del contexto, nos alejábamos cada que alguien se acercaba para que ellos pudiesen realizar sus ventas con tranquilidad, pero no faltaron comentarios como, “quítese mi niña que me obstruye la visión”, “venga después ¿sí? es que ahorita estoy muy ocupada y no la puedo atender”, “váyase que me espanta los clientes”, “estoy recibiendo mercancía, más tardcito llegue”. Empero, todos estos acontecimientos que se fueron presentando nos permitieron conocer más sobre estas personas y sus formas de estar en la plaza.

Aunque no fue tan sencillo, comprender las dinámicas de las personas, fue la forma con la que procuramos justificar la no participación de los sujetos. En primer lugar, identificamos que los horarios laborales no se limitan, ni son los mismos tiempos de la plaza, es decir, la Plaza de Mercado del Siete de Agosto está abierta lunes, martes, miércoles, viernes y sábado de siete de la mañana (7:00) a cuatro de la tarde (16:00); los jueves, domingos y festivos de siete de la mañana (7:00) a dos de la tarde (14:00). Los días que la plaza cierra más temprano, se organizan los puestos y se hace aseo a todo el lugar. Sin embargo, la jornada no comienza cuando abren las puertas, sino que, en algunos de los establecimientos, las personas le ganan al sol, es decir, se levantan en la madrugada para ir a Corabastos y adquirir los artículos para la venta. Es así como no es a las seis de la mañana que salen de sus casas, sino a la una de la madrugada para estar a las dos y seleccionar lo más bonito. Por ende, no son ocho horas de trabajo para todos; un número significativo trabaja entre ocho y catorce horas al día, que según los datos recolectados en los diálogos, son alrededor del 91% los trabajadores que superan las 8 horas laborales.

Así mismo, para sorpresa nuestra, del total de entrevistados solo el 23% vive en la localidad de Barrios Unidos, por lo que el 77% restante habita sectores alejados. Con esto queda claro que hay dificultad de movilización para que las familias lleguen a los talleres, algunos por cuestiones económicas y otros porque los tiempos de traslado superan la hora para cada trayecto. Los trabajadores de la Plaza de Mercado del Siete de Agosto hacen parte de la marcada y abundante población flotante en nuestra ciudad. Individuos que diariamente toman busetas o el Transmilenio, emprendiendo largos trayectos para desplazarse de sus hogares hasta el lugar de empleo. Las localidades donde más viven quienes laboran en la plaza son Suba y Engativá, unos pocos habitan en Usaquén y Chapinero; pero también hay quienes viven en Rafael Uribe, Antonio Nariño, Bosa, Usme, Ciudad Bolívar o al extremo sur, en el municipio con el que colindamos, Soacha.

En un principio, según la historia que se tiene del barrio, algunos vendedores de la plaza habitaban sus alrededores, de manera que vivían en arriendo y otros pudieron comprar por el sector. Sin embargo, por cuestiones económicas, al estar en una ciudad nueva por causa del desplazamiento y haber perdido todo, en esa época también se trasladaban desde lo lejos, el sur era (como aún lo sigue siendo) ciudad dormitorio, puesto que las personas salen en la madrugada de sus casas y vuelven en la noche.

En aras de conocer sobre la historia de algunos de los stands, preguntamos a los trabajadores si este espacio ha pertenecido a sus familias por varias generaciones. Significativamente, casi el 50% de los entrevistados dijo que sí, teniendo presente que el acercamiento se llevó a cabo también con empleados y domiciliarios puesto que estaban más prestos a participar que algunos de los dueños.

De esta manera, pudimos inferir que la mayoría de los locales han pasado de generación en generación; de abuelos a padres, de padres a hijos y quizá los nietos que corren por los pasillos en un futuro, sigan con el negocio familiar, con la tradición. La herencia no es únicamente un par de metros cuadrados con mercancía, es el aprendizaje del negocio, de cómo este funciona, porque así como Carlos Guerrero, que nos cuenta “*a mí me enseñaron a trabajar, esta es la herencia de mis padres*” otros vendedores continuaron desempeñando las mismas labores de sus padres “*¡imagínese usted! desde el año 55 mi papá ya tenía este local ¡calcule, hace cuánto tiempo ya! Él falleció y ahora yo trabajo acá. Eso pregunte verá que todos conocieron a mi papá... ¿sí o no chucho? pregúntele a Jesús que ese sabe quién fue mi padre...*” (Juan Carlos Ortega. Vendedor de granos y víveres. 11/10/21). “*Estos tres locales de pollo han pertenecido a la familia*” (María Adela Álvarez. Comerciante de cárnicos. 11/10/21).

La plaza de mercado es la forma de subsistencia de muchas familias y lo ha sido por varias generaciones, los hijos y nietos crecen aprendiendo del negocio y después ellos se encargan de trabajar. Es por lo anterior que muchos de los comerciantes llevan más de 40 años empleados en la plaza. Al preguntarles, algunos hacen gestos de haber perdido las cuentas o dicen entre suspiros “*Uff, desde hace tiempos*”. De 15 a 40 años y más, han trabajado en la Plaza de Mercado del Siete Agosto muchos de los comerciantes, esto, porque pertenecen al legado familiar. Sin embargo, quienes no son dueños ni administradores, no suelen llevar tantos años en el oficio; de hecho, algunas personas como Rigoberto, que lleva apenas dos meses en la plaza, están aprendiendo de las dinámicas del lugar, de los precios de las frutas y verduras que oferta y distribuye. Pasa igual, con el personal de aseo; así por ejemplo, Leidy iba dieciocho días prestando servicios en la plaza el día que conversamos y Mónica ocho; en los restaurantes Ámbar cumplía su noveno día y Jhonathan el quinto. Unos cuantos recién llegan al barrio, a la plaza... Otros, por el contrario, con lo que aprendieron de sus antecesores, abrieron nuevos puestos, se expandieron y emplean primos, cuñados, hermanos.

Por todo lo anterior, en el andar por la plaza resuenan apellidos en un local y otro; es decir, varios de los puestos pertenecen a una misma familia, entre ellos lo administran y de ser necesario contratan más gente. El caso de las artesanías es un ejemplo claro, Alfredo Moreno nos contaba que hace varios años su madre tenía unos negocios dentro de la plaza y que cuando dieron los permisos para salir, es decir, abrir locales en el exterior de la infraestructura (que antes estaba destinado a bodegas, desechos y reciclaje) consiguió un local para la venta de artesanías y con el tiempo, los dos que le siguen también le pertenecieron. La familia Moreno, por lo tanto, es la que maneja principalmente la venta de artesanías en la Plaza del Siete y algunos negocios de flores. Nosotros conocíamos a Francisco porque era donde mi papá compraba y nos llevaba, pero en esta oportunidad dialogamos con sus hermanos Alfredo y Claudia. Conocimos a la esposa, las dos hijas y los nietos de Alfredo; la cuñada de Claudia, la hija de Francisco y un par de familiares de cada uno de ellos.

Los apellidos empezaron a tener trascendencia en este recorrer por la plaza, así, los Moreno representan las artesanías; en el campo de frutas y verduras están las familias Bohórquez, Arias, Peña, Vargas y Campo; con los cárnicos se encuentran los Álvarez, Reina, entre otros. Así sucede con muchos de los negocios que hay en la plaza, pertenecen a ciertas familias que por años continúan manteniendo y expandiendo el comercio. Quizá se pueda mencionar que hay un legado familiar que se visibiliza por medio de los apellidos que persisten en la plaza durante el pasar de los años; para muchos esto es bueno, pero también se evidencia que se viene perdido el sentido de comunidad entre los trabajadores de oficios diferentes, lo cual, antes sí lo había,

“Ahora es como por secciones, cada uno tiene su parche, su tribu... cada quien cuida sus espaldas. Por ejemplo, nosotros, las artesanías... uno se cuida como familia. O sea, como que quede entre nosotros el negocio y estemos bien (...) Así que, como que uno diga “me importa mucho la señora de las hierbas” eso no se ve... es cada familia y ya. Acá el sentido de pertenencia es muy celoso de lo suyo, de lo que cada uno construyó con su familia. Por eso no es que otra familia venga a llegar con artesanías, no es tan fácil...” (Stephany. Comerciante de artesanías, 21/10/21).

“Acá todo se ha individualizado, cada uno por su cuenta y la de su familia, es muy difícil volver a lo anterior donde, por ejemplo, mi mamá... Ella era muy entregada a los demás, pero ya en este momento no se puede pensar en ayudar a más gente a parte de la familia...” (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21).

Lo anterior refleja que los lazos entre los trabajadores de la plaza se han ido quebrando, convirtiéndose en conocidos o vecinos de puesto, desconociendo las particularidades o la realidad del otro. Sin embargo, por más de que no existan ni se establezcan relaciones trascendentes entre todos los miembros de la plaza, la socialización, pertenencia en el espacio e interacciones con la clientela los convierten en un conjunto que da forma a la Plaza de Mercado del Siete de Agosto. Es decir, la plaza no se constituye ni es lo que es, únicamente por las familias que desde años trabajan ahí, sino que, hay muchos como Angy, que son propietarios o empleados del establecimiento, llevan pocos años o meses en la plaza y no es fruto de la herencia familiar.

Con la mención previa frente a lo que constituye una plaza, se expande el horizonte de la concepción limitada que muchas veces se puede llegar a tener. Es decir, por ejemplo, que la plaza no es un escenario en el que se comercializan solamente frutas, verduras y carnes; por el contrario, descubrimos múltiples negocios que allí tienen su lugar y quizá son desconocidos o impensables dentro de nuestros imaginarios. Evidenciamos que hay ciertas narrativas presentes en la ciudad con las que nos hemos vuelto desconocidos, donde ya no reconocemos la labor del otro, del artesano, del agricultor, entre otros. En efecto, La Plaza de Mercado del Siete de Agosto tiene establecimientos de verduras, flores, hierbas, artesanías, plantas, textiles, ferretería, calzado, miscelánea, piñatería, tienda de alimentos y víveres, carnes, condimentos y especias, restaurantes, lácteos, ensaladas de frutas, cereales, artículos marinos, plásticos, papa, productos de maíz, granos, almendras y semillas, arepas e incluso, comunicaciones. Quienes logran que la plaza se mantenga, también incluye al personal de seguridad, operarios de aseo, domiciliarios, meseros, distribuidores, clientes entre otros.



Mencionar los productos que se comercializan, es un ejemplo que permite visibilizar el desconocimiento de lo que constituye la plaza en tanto a mercancía y establecimientos, porque además devela que el hacer cotidiano de los actores de la plaza trasciende el oficio que desempeñan en este lugar. Asumen diferentes roles dentro de la sociedad, es decir, también son hijos, padres, hermanos, estudiantes, amigos, vecinos entre otros; desempeñan acciones y actividades a partir de múltiples saberes y ocupan su tiempo en otros escenarios externos de la plaza. Todo ello, los configura individual y colectivamente siendo parte de la sociedad bogotana y del país.

En el diálogo e intercambio conversacional, nos adentramos un poco a la realidad de los sujetos en entornos diferentes al de la plaza de mercado. Fue así como en un inicio vimos a un joven abriendo cajas para descargar mercancía, desconociéndolo completamente, sin saber siquiera cómo se llamaba; pero dejó de ser un desconocido en tanto dijo su nombre amablemente, “Mucho gusto... Camilo Posada” y estiró el puño para saludar. Expresó varias cosas de su vida personal y familiar, dando cuenta que hay cientos de cosas que hacen parte de lo que somos y que a primera vista son invisibles, no existen “*Yo soy “El Rapero”, me gusta el rap, hago títeres, mimos, bailo, grafiteo y le camello en una agrupación... Senderos Nocturnos*” (Camilo Posada. Empleado puesto de verduras. 08/10/21). Descubrimos la pluralidad que se junta en esta plaza, que está permeada de sujetos diversos, que hay en ella jóvenes como Camilo, un muchacho trabajador, de clase media baja que busca fomentar la paz y la igualdad por medio de su agrupación musical, a través del arte. Y como él, gran cantidad de personas que nos dieron la posibilidad de conocer otra cara de plaza porque son ellos quienes la habitan.

Ahora bien, entre las experiencias que conocimos está Ana Sofía, una joven que va a la plaza para ayudar a su abuela cuando puede, como a Camilo, le gustan las diversas expresiones artísticas “*me gusta mucho bailar, bueno...las artes en general, escribo y pinto en mis tiempos libres cuando no tengo que estudiar*” (Ana Sofía. Familiar de comerciante de verduras. 11/10/21). Personas como Marina que nos mostró cosas que desconocíamos, como la técnica Miyuki para elaborar accesorios, asumiéndose así como artesana que conoce de la bisutería y el tejido en crochet aunque no se dedique a ello la mayoría del tiempo. Personas que al salir de sus trabajos o en sus tiempos libres les gusta descansar, dormir, hacer ejercicio y deporte, leer, ver televisión y películas en Netflix, escuchar música y hacer tiktoks. Varios de los trabajadores asisten a comunidades religiosas o grupos de oración; la señora Alejandrina de 80 años nos habló durante un largo rato del amor de Dios, recitó una catequesis y nos contó que cuando no trabaja en la plaza cuida a su madre anciana de 103 años, pero que nunca deja de orar. En la plaza están quienes no tienen tiempo libre y solo se dedican a la atención de sus negocios, como mencionaron en los encuentros “*uno llega a oscuras y sale a oscuras*”; otros se dedican al hogar, “*los descansos de uno son trabajar en la casa*”, en palabras de Juan Carlos “*cocinar, lavar y planchar*”. Compartir con la familia, entre risas nos dice Mireya “*Estar en la casa. A mi si me quieren, entonces salgo pitada de acá para la casa a estar con mi madre y mi familia... no como otros que se quedan*”. Algunos se encargan del cuidado de sus padres y otros, de los hijos, de manera que buscan pasar tiempo con ellos y ayudar a sus hijos en la realización de las tareas escolares. Fueron encuentros agradables; reímos y nos conmovimos, nos dejamos asombrar con algunas de las respuestas en donde la juventud y la vejez se hacía evidente en comentarios como el de José, cuando dijo, “*pensar porque no me queda tiempo...*” o el de Sergio “*comer, vagar y rumbear... disfrutar*”.

Mirar a la gente de la plaza supone descubrir cientos de tonalidades diferentes en las pieles; texturas que reflejan los años, manifiestos por las arrugas de sus rostros; el brillo en los ojos de los jóvenes que disfrutan la vida entre bailes y sus ojeras como signo de resistencia de largas jornadas de traspasado y madrugadas que se justifican en cumplir sueños de vida; la infancia develada en la fuerza de la risa y la velocidad del correr por los pasillos sabiendo frenar, sin tropezar con nada. Manos con cicatrices, astilladas y manchadas del café de la papa, del blanco del queso y del rojo sangre de la carne de vaca. Diversidad de sujetos y con ellos, diversas razones para trabajar en la plaza. Portadores de memoria y productores de historia, de cultura. Mentes brillantes como la de Angie, la maestra que vende verduras y comparte conocimiento, capaz de administrar su negocio sin dejar de dar sus clases de pedagogía infantil. Individuos presentes en un mismo lugar, el lugar... cargado de saberes invisibles, mejor decir, ocultos entre llamamientos de clientela.

En los tiempos presentes, se ha dejado de concebir la plaza como espacio de aprendizaje e intercambio de saberes. Si planteamos el interrogante ¿la identidad cultural de Colombia está en las plazas de mercado? Es preciso escuchar la respuesta de quienes la habitan, porque con sus ojos ven diariamente representado en una manzana un legado familiar, proveniente del campo, *“la identidad está acá en la plaza, en lo campesino y son ellos quienes lo hacen todo. Por ejemplo, una fruta ¿de dónde sale? ¿del campo, por la mano del campesino!; la papa ¿de dónde sale? ¿del campo!; la leche, los huevos... ¡todo viene de ahí! solo que otros lo procesan y lo venden en bolsas”* (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21). Quizá ese legado se está olvidando, no tenemos presente de dónde viene la yuca, el plátano o el maíz que estamos comiendo; el trabajo que implicó cosechar, producir e incluso, distribuir el producto que consumimos. Se viene demeritando el hacer del campesino, el trabajo artesanal, dice Stephany *“no valoran a los campesinos, mucho menos los canastos y todo eso...”* manifestando casi como predicción que llegará el momento en el que estos saberes se esfumen, se pierdan, se olviden... *“En un futuro la elaboración de canastos, por ejemplo, se va a acabar... porque una persona viejita que sabía tejer muere y el tejido se muere con él, los muchachos ya están con otras cosas. Sería chévere que esas cosas se inculcaran y que uno lo pudiera continuar...pero esos saberes ya no son valorados, no importan”*. (Stephany. Comerciante de artesanías, 21/10/21).





En el tono de sus voces, se siente la indignación por las formas en las que se le está viendo a las plazas externamente y más aún, a los trabajadores *“creen que la gente es bruta, ignorante y piensan que se pueden aprovechar, entonces dicen... “voy a ir a la plaza y les doy tres pesos” pero nosotros ¡no señor! porque uno es muy inteligente, uno trabaja y no tiene que recibir cualquier lagaña e ´mico”* (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21). La molestia toma fuerza porque ellos conocen realmente qué hay en la plaza, las personas y los conocimientos que se cultivan en este lugar. Dice Stephany que los miran por debajo muchas veces, que intentan sacar ventaja porque los consideran incultos, sin educación... y aunque no son nuestros cuerpos los implicados en esta invisibilización, el agobio nos atraviesa al escuchar sus sentires y la desazón que surge porque se habla de la Plaza desde imaginarios negativos. La Plaza de Mercado del Siete de Agosto (además de todos los saberes que se han mencionado) tiene personas brillantes y talentosas que con sus manos hacen arte. Deberían proclamarse y expresar historias y habilidades como la de la señora Claudia, que con fósforos, hace muñecos artesanales, teje los atuendos y les pone pelo; que también sabe hacer trenzas de la abundancia; que le apasiona el estudio y las matemáticas - *“soy una maquina pa las matemáticas... a mi no me tumban fácil. Vienen y lo quieren envolver a uno, pero conmigo no pueden”* - dice ella entre risas.

Contar a quienes no saben, que hay saberes propios como la técnica y receta de las arepas de Doña Magda, pero que además, las nuevas generaciones de la Plaza del Siete son estudiadas, hay muchos profesionales y jóvenes que simultáneamente a su trabajo, se preparan para serlo. Así por ejemplo Daniela trabaja durante el día en el puesto de frutas y en la noche toma sus clases de gastronomía; Angie, de instrumentación quirúrgica. Algunos como Stephany, que hizo unos semestres de enfermería y ahora quiere estudiar artes; o Kevin, que se graduó de cocina en el Politécnico, pero después de sufrir un accidente ningún restaurante lo volvió a contratar. Los trabajadores de la plaza quieren educarse y lo están haciendo aun con todas las dificultades que hay para acceder a la educación en nuestro país, porque si no fuera así estos jóvenes seguramente no estudiarían de noche; o Doña Mireya, de 48 años, no hubiera terminado el bachillerato apenas hace un par de meses. Muchos no pueden y además, encuentran seguridad salarial en la plaza; las madres afirman que el trabajo les da la posibilidad de también estar con sus hijos cuando llegan del colegio, y al respecto, llama la atención que la mayoría de trabajadores son mujeres. Simplemente, es mirar y escuchar un poco para darse cuenta quiénes son los trabajadores de la plaza, que son personas soñadoras y trabajadoras, que luchan por salir adelante, gente brillante que se aleja de la imagen negativa que se le tiene a las personas que trabajan en estos mercados.

A lo largo del proceso pudimos percibir e interactuar con las personas de la plaza y el espacio en su totalidad, descubriendo en ella las maravillas y bellezas que allí confluyen. Sin embargo, también fuimos conscientes de que hay ciertos inconvenientes y molestias en la plaza, los cuales se convierten en problemáticas concretas que influyen a diario en el estar y hacer dentro del mercado. En primer lugar, varios de los trabajadores expresaron la incomodidad que tienen con el IPES y con el Estado por querer implementar cambios estructurales y de organización en las plazas distritales de Bogotá.

“(---) Quieren volver la plaza como un mini centro comercial. Hay cuestiones políticas que están afectando a los comerciantes, están desplazando el concepto de plaza, hay un decreto demandado, el estilo ahora parece europeo, todo es cuestión de política, hay siempre segundas intenciones”
(Carlos Eduardo. Comerciante de papa. 12/10/21).

Como Carlos, varios de los comerciantes afirman que se perderá el sentido de las plazas públicas de mercado, su impacto cultural y representación del campesinado colombiano. Sin embargo, otros afirman que quizá es algo que se debe hacer asumiendo que los tiempos han cambiado y modernizada la ciudad, deben ellos entrar en ciertas lógicas porque de lo contrario las plazas desaparecerán muy pronto. Empero de las dos posiciones, hay un disgusto colectivo hacia el IPES al no verse respaldados sino por el contrario, abandonados. Un ejemplo de ello es que, si no fuera por la presión ejercida de los trabajadores y ciudadanos de estos espacios, no se habría logrado que modificaran la resolución que pretendía ajustar e incrementar los precios de los puestos de trabajo de la plaza y ahora, la pelea actual es por la resolución de reglamento, acción que quiere implementar cambios en las plazas.

“El IPES no se está preocupando por uno, pero si están atacando con los arriendos todo el tiempo” (Claudia. Comerciante de artesanías, 21/10/21). Varios comerciantes nos cuentan que los arriendos no son lo mismo de antes, que hay presión al momento de hacer los pagos y que en general, la plaza ha subido mucho en cuestión de precios, tanto el lugar como los productos y proveedores. El alza de precios complica la situación porque además ven los almacenes de cadena que han venido llegando como un rival con el que no pueden competir, la gente cada vez va menos a la plaza de mercado. Buscando conservar sus clientes, algunos de los locales han implementado pagos con tarjeta o algún medio electrónico, se moderniza la plaza poco a poco.

Los vendedores de la zona externa de la plaza aseguran que muchas veces se les excluye o no se toman en cuenta para los procesos y demás acciones que tienen lugar en el escenario. Y es que, Stephany nos comentaba que el abandono del IPES y la administración también se ha reflejado en cosas puntuales como que, hace unos años hacían talleres, procesos de formación, capacitaciones, celebraciones de fechas importantes entre otros para fomentar la convivencia en la plaza, pero que de unos años para acá no se ha vuelto a hacer nada. Al respecto preguntamos a los comerciantes si alguna vez tuvieron participación en algún taller o proceso de formación en la plaza, la gran mayoría dijo que sí, comentándonos que hicieron parte de cursos de manipulación de alimentos, floristería, mercadeo, marketing, sistemas, contabilidad, pintura, impulso local, medio ambiente, conferencias, gastronomía, vacaciones recreativas entre otros.

Se han perdido procesos e iniciativas en y para la plaza y con el pasar del tiempo pareciera que también se extinguen de a poco, cada vez es menos gente la que compra en ellas, algunos quizá nunca han entrado a una. Empero, siguen ahí en los barrios manteniendo viva la memoria y el legado ancestral, trabajando para mantener a sus familias y cumplir sus proyectos de futuro.

Conocimos del barrio, de la plaza, de los productos, de los comerciantes y demás trabajadores, de sus disgustos, destrezas, sueños, ocupaciones. Conocimos a fondo las dinámicas de la plaza y los actores que en constante interacción la constituyen. Hoy podemos apreciarla no sólo como aquel lugar al que vamos a comprar un par de frutas y artículos, sino el trasfondo y trascendencia que tiene en la sociedad, como centro cultural, como escenario de aprendizaje en el que confluyen infinidad de saberes, gestamos un intercambio de saberes en el que como organización aprendimos de ellos, recibimos conocimientos nuevos y aportamos, un espacio por medio del cual muchos visibilizan la importancia de su hacer, del oficio que desempeñan. Identificaron en sus manos la posibilidad de crear y sin muchos saberlo, de hacer arte... que lo tienen cerca, que son artistas o que no lo son, este proceso permitió interactuar por medio del arte para gestar un escenario de aprendizaje colectivo.





Hacer Artístico

Siendo las plazas de mercado escenarios de representación cultural donde, como vimos, confluyen diversidad de saberes que representan un legado campesino y artesanal, también conocimos personas que desde su hacer cotidiano o en lo que les apasiona, generan arte. Son muy pocos los que dicen que han tenido acercamiento con el arte y al contarnos qué pensaban de él lo definían, entre algunas consideraciones como, “pintar, decorar y armar”, “manualidades”, “expresión de los sentimientos”, “cultura”, “la posibilidad de ser uno mismo”, “es amor de Dios”, “Es una ciencia que enseña a ser multifacética en la vida. Es belleza, cultura...”, “es un pasatiempo”, “aprendizaje”, “la inspiración del alma” entre otras. Fueron diversas las concepciones que compartieron, sin embargo, para algunos, el arte es lo que ellos hacen diariamente, lo relacionan con su quehacer, de manera que también es “lo que me da de comer”, “hacer con las manos”, “acomodar las frutas en el puesto de trabajo”, “es trabajo, como el trabajo de los campesinos cuando elaboran artesanías”, “hacer ensaladas de frutas, para que el cliente quede satisfecho”.

En aras de generar intercambio de saberes en la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, conociendo de esta y quienes la habitan, se extendió la invitación a los trabajadores de la plaza y sus familias, generando un espacio de encuentro que incentive nuevos públicos y hacedores artísticos, mediante procesos de creación y educación no formal. Así mismo, con el objetivo de consolidar una exposición artística no convencional en la plaza para contribuir con la visibilización de procesos artísticos que permita el reconocimiento de la obra de arte como un suceso social valorando los oficios y labores que se desarrollan al interior de la misma.

Teniendo en cuenta lo anterior, se realizaron diferentes experiencias pedagógicas desde el arte. Los encuentros se centraron en las artes plásticas, música, expresión corporal y experiencia culinaria. A continuación, se expondrá la relación trascendente que surgió entre el encuentro y la actividad, con los sujetos que participaron.



Taller Experiencia Culinaria

Siendo el primer encuentro de formación con los trabajadores y sus familias, nos disponemos en el segundo piso de la plaza, en la zona de restaurantes, acomodando algunas mesas para ubicar y realizar la actividad, esperamos que el reloj marque las tres de la tarde para dar inicio, sin embargo, llegan pocas personas. En total eran doce participantes, donde solo dos de ellas eran adultos, la señora Claudia y su cuñada Stephany. A pesar de la poca participación en el espacio fue muy provechoso y el objetivo que se tenía de interactuar con productos alimentarios que se venden en la plaza como elemento de acercamiento a la cotidianidad del espacio y herramienta de democratizar el arte desde los propios saberes, se logró.

A los niños se les entregó su cajita de La Escuela Abierta, en ella estaban todos los materiales que necesitarían para la actividad. Los rostros de los niños al abrirlas nos motivaron a continuar, ver que no importa la cantidad de sujetos en el espacio, sino lo que impactemos y construyamos con los que decidieron estar allí. Los ojos de los niños se abrieron cuando encontraron cosas que no sabían qué eran, preguntaron e impacientemente querían comenzar. Se les comentó que la actividad para el primer encuentro es tener una experiencia artística con productos alimenticios que se encontraban en la plaza misma, de manera que puedan encontrar que el arte nos rodea, que estamos permeados por él, que podemos ser artistas y tener un acercamiento con éste de formas cercanas.



La primera actividad fue hacer plastilina “¡Plastilina con cosas de la cocina!” exclamaban inquietantemente. Así fue como empezaron a explorar sus cajas y sacaron de ellas harina, sal y agua, siguieron de manera concentrada las instrucciones de la profesora encargada. Cada uno, con sus manos mezcló los productos y amasó con paciencia, sus manos eran muy pequeñas para la cantidad de harina que tenían sobre la mesa, así que les llevó un buen rato. Pusieron después unas gotas de tintura comestible y la alegría se vio en sus ojos cuando la pálida harina blanca se tornó de naranja, azul, negro o rojo. Pasó un buen rato, pero lo lograron, ellos mismos pudieron convertir unos cuantos alimentos en plastilina, sus manos lograron dar la contextura indicada y asumiendo el papel de artesanos y artistas, le dieron forma de pez, lo decoraron con diversos colores y con mucho cuidado, lo guardaron para mostrarlo a mamá. Descubrieron que con cosas que tienen cercanas pueden construir y divertirse, crear e innovar.

Sus cajitas aún no estaban vacías, vieron en ellas más elementos que no usaron y preguntaron. “¡Ahora vamos a hacer un león!” dijo la maestra y de uno en uno, comenzaron a sacar sus materiales. Queso, pan, jamón, lechuga, uvas pasas, cebollín entre otros... “¿Vamos a hacer un león con estos materiales? ¡Todo esto lo venden acá!” dijo Mariana. Y evidentemente sí, dispusieron de los alimentos que tenían y con ellos crearon un león, cada uno innovaba con técnicas y añadía según su creatividad. La lechuga se convirtió en pasto; el pan en cuerpo; el queso fue la cara y decoró el torso, el jamón fue boca, melena, pies y cola; el cebollín unos verdes y delgados bigotes; los ojos y nariz uvas pasas negras. Finalmente, quedaban en la caja los dulces y unos palos pinchos, con los cuales, crearon un pavo real delicioso, el cuerpo era media pera y sus hermosas plumas insertadas tenían colores blanco del banano, rosado de masmelos y rojo de moritas.

Al terminar la actividad, las mesas estaban llenas de platos con peces, leones y pavos reales, los niños no los querían desarmar, Barbara insistía en que no comería nada hasta que su mamá lo viera así que esperó hasta el final, coincidiendo con el tiempo en que su mamá terminaba de limpiar la plaza. Otros, por el contrario, empezaron a quitarle los ojos a sus leones y se los llevaban a la boca, comieron pasto, cuerpo y sin duda, disfrutaron las dulces plumas del pavo. Contentos se van los niños a sus casas esperando recibir el próximo jueves una cajita con materiales o tal vez, una cajita mágica, porque con lo que había allí pudieron crear, descubrir y divertirse, viendo que, con productos cercanos a ellos, quizá incluso los que venden sus padres, pueden convertirse en artistas.

La Receta de la Felicidad en la Plaza

Ingredientes:

- 1 plaza de mercado
- 1 grupo de niños y niñas con diferentes creencias, realidades, formas de ver la vida, diferentes texturas, colores de piel
- 5 cucharadas de inocencia
- 1 pizca de timidez
- 1 montaña de aprendizaje
- 80 vasos llenos con ganas de compartir
- Infinitas voces de personas
- 1 gota de estrés para los profes
- 1 cucharadita de dolor de cabeza
- 200 formas de relajarse
- 958 recuerdos de infancia
- 15 cómplices
- 6 kilos de creatividad
- 18 libras de habilidades y maneras de aprender
- 658 libras de sabores ricos
- Innumerables frutas
- 7 oleadas de olores fuertes
- 6 libras de rabadilla de Gallina
- 275 tazas de mamás y papás trabajadores
- 98 toneladas de responsabilidad
- Eternos juegos de escondidas, congelados y cogidas
- 98 manojos de hierbas
- Mil ojos que se miran
- 12 talleres creativos

Preparación:

Pondremos en una plaza de mercado a un grupo de niños y niñas con diferentes creencias, realidades, formas de ver la vida, diferentes texturas, colores de piel, le agregaremos las ganas de compartir, la creatividad, inocencia, timidez y el aprendizaje, mezclamos muy bien hasta obtener un sólido grupo de amigos y amigas, de ciudadanos anónimos que comienzan a reconocerse mutuamente, que se miran en sus labores.

Posteriormente, añadimos una apertura a la mirada artística a la realidad del otro, y las toneladas de responsabilidad de sabernos mutuos en espacios que habitamos de manera desprevenida cuando todos hacemos parte de ellos. Cuando tengamos esto listo lo dejamos reposar por dos horas; entre tanto podemos tomarnos un cafecito, reconocer los rostros.

Mientras esperamos que repose, añadiremos las escondidas, congeladas y cogidas, realidades de la infancia de aquellos lugares donde alguna vez fuimos y nuevos seres comienzan a ser, para esta parte es indispensable cubrir completamente todos los espacios de la plaza de mercado, reconocer en cada una de las esquinas y escondrijos un cuerpo, unas manos que se encargan de una labor de tiempos e historias, de campo y de sol. Es en este momento es cuando se incorporarán las infinitas voces de personas, las cuales generarán un poco de estrés y dolor de cabeza si no estás acostumbrado a los sonidos cerrados, a los tumultos que la soledad de la ciudad ha desprevenido para los caminantes; para disminuir este efecto, llevaremos a fuego medio las 200 formas de relajarse y el manojito de hierbabuena, hasta evaporarlas completamente. Esos bebedizos que alguna vez fueron patrimonio de nuestra propia tierra.



Pondremos en la licuadora el caldo de costilla, la rabadilla de gallina, las frutas y todos los sabores ricos, todos aquellos colores y esencias que se encuentran en la plaza, para reconocer los caminos recorridos hasta el plato que cada día alimenta nuestro propio plato, los colamos y llevamos a la nevera hasta que se compacten para fusionarlo con los recuerdos de la infancia, esas imágenes de madrugada, de madres y padres que cierran las puertas antes del amanecer para alimentar a otros; a los propios. A aquellos que somos.

Buscaremos aquel manojito de hierbas que nos ayudará a lidiar con cualquier olor que sea causado por el pescado y los olores fuertes, o si lo prefiere para el mal de ojo, de garganta y hasta de corazón si lo deja hervir un poco.

Para terminar sólo saque a flote todas sus habilidades en los talleres creativos, mientras espera que termine el turno de las mamás y papás trabajadores de la plaza del siete de agosto, para volver al encuentro de esa puerta y sus maneras de reír adentro.

Emplatamos en el corazón de cada niño y niña y así obtendremos su felicidad.



Taller Artes Plásticas

El taller de artes plásticas fue la segunda actividad, nuevamente se dispusieron las mesas del restaurante y esperamos la llegada de los participantes para iniciar la elaboración de máscaras.

Inició el proceso con una pequeña actividad de presentación en la que los niños se reían y esforzaban por recordar el nombre del otro, incluso el profe, que se enredaba un poco en el ritmo que guiaba la actividad. Sabiendo cómo se llamaba el que estaba al lado inició el taller, reconociendo que el otro es importante en el ejercicio colectivo. Se repartieron las cajitas mágicas de La Escuela Abierta y ansiosamente las abrieron. En esta ocasión no encontraron comida, sino tijeras, pinturas, yeso, plumas, escarcha entre otros. Con ayuda del profe encargado y los profes de apoyo inició la actividad.

Lo primero que se necesitó para el ejercicio fue poner la mente y creatividad a funcionar, pensar... ¿qué querían hacer? Así, surgieron ideas diferentes, héroes, pájaros, monstruos, ponis, gatos entre otros. En cartulina dibujaron picos enormes, orejas, cachos y aletas, las que después pegaron con yeso. Los pequeños y los grandes mostraron su asombro por este material, Stephany que ha hecho manualidades afirma que nunca lo había manejado y los niños, no dejaban de pronunciar su admiración de pegar con algo que no es pegamento, sino que parece “tela”. Humedecen retazos pequeños y los pegaban masajeándolos con cuidado, sus manos blancas y sus rostros contentos.



Algunos usaron papel para ponerle relieve a sus máscaras creando ojos enormes, hocicos, pómulos y cuernos. Cuando ya la tenían lista, llegó el momento de ponerle color, sacando su brochas usaban el amarillo, el azul y el rojo, hasta que el profesor dijo... “¿cómo hacemos para usar el verde?” muchos no sabían, hasta que Juan Alejandro dijo “combinando colores”.

Por medio de la experimentación y la escucha, aprendieron que mezclando ciertos colores pueden transformarse, lograron hacer morado, verde, naranja, rosado y café. Cuando limpiaban los pinceles en los vasos de agua Luis dijo entre risas “este color parece jugo de guayaba” los otros riendo afirmaron y buscaron más colores para relacionar “la máscara de Wendy se parece a las rosas...” mencionó Santiago. En ese momento, descubrimos que los niños estaban relacionando los colores que lograban realizar con su contexto inmediato, con los productos que venden sus padres o que se ven en la plaza, por lo que el profé preguntó “¿dónde han visto esas rosas o las guayabas con las que se hace el jugo?” a coro respondieron “en la plaza” nuevamente se cuestiona “¿quién vende esas rosas en la plaza?” Luis pensativo dice “la señora de la 24...”. Con lo anterior, nos dejamos sorprender por los niños, por su auténtica capacidad de relacionar las cosas, en este caso los colores con productos cercanos, de manera que mencionaron que el naranja del fomi parecía mandarinas; el rojo de la pintura, manzanas; el verde oscuro que se formó en el agua era parecido al del brócoli o el pepino; y el morado de la máscara de Antonia lo asimilaron con una hierba de lavanda.

Lo anterior fue una observación de los niños, quienes con sus palabras mencionaron los colores que están en la plaza, ellos los conocen e identifican. Fue bello encontrar libertad, asombro, imaginación, creatividad e innovación en los niños mientras diseñan sus máscaras; su objetivo no era solo que les quedara bonita, buscaban experimentar con todos los materiales, poniéndoles fomi, plumas, papel kraft, silicona, cartón, pinturas, hojas de mazorca y todo cuando encontraran; disfrutaban el proceso, se ensuciaba y reían con sus manos blancas o amarillas. Claudia y Stephany, eran un poco más discretas, planeaban su creación cuidadosamente, usando pocos materiales, más bien, buscaban brillo y pulcritud.

De formas diferentes, cada uno de los participantes salió del encuentro con su propia creación artística. La pusieron en sus rostros saltando y corriendo, gruñendo y escondiendo sonrisas tras el yeso seco que cubría sus caras.

Siempre es curiosa la imagen de la memoria,







El dinero como símbolo de intercambio de las labores de la sociedad, es la figura concreta de cada individuo en su labor cotidiana. Así entonces esa figura de la memoria no es solamente de la representación de un valor económico, sino de las personas que guardan la razón de su hacer, pues esto conlleva el alimento que en la mesa y la posibilidad de cada noche una cama cálida. Esa memoria es permanente, en la labor que ve crecer al hijo a estudiar, los padres y madres a sus oficios y los abuelos en su alcahueta manera de dulces.

Taller Música

Para este taller se propuso la creación de instrumentos musicales con algunos elementos de plaza, con los que se elaboraron el Maracón de calabaza y el Siku de zanahoria. Como en los anteriores talleres, los niños esperaron que se les entregara la cajita para saber qué materiales los iban a sorprender en esta nueva oportunidad. Al abrirlas se encontraron con calabazas peruanas, granos de maíz pira, cabuya, varias zanahorias y una broca. Quizá cuando los niños abrían sus cajas les sorprendían los materiales, ellos sabían que el taller era de música pero se preguntaban ¿verduras para el taller de música? y ¿para qué es el maíz pira? Al contarles que con lo había en la caja se pueden crear instrumentos musicales sus rostros se miraron con complicidad, dudando de lo que el profesor les decía.

Primero se realizó el Siku de zanahoria, un instrumento musical elaborado con dos hileras de tubos de diferentes tamaños, los cuales se pueden hacer con caña. Se les mostró a los participantes cuál era el instrumento que realizan y algunos no entendían con qué de lo que había en la mesa lo podrían lograr hacer. El profe inició la explicación, tomó las zanahorias, las peló y con la broca abrieron huecos cuidadosamente en cada una de las zanahorias. El proceso requirió mucha paciencia, pero finalmente se amarraron unas con otras y al momento de soplar poniendo sus labios en las zanahorias, escuchaban un sonido parecido al de la flauta. Corriendo con un entramado de zanahorias en sus labios, tomando aire y soplando hicieron sonar sus Siku de zanahoria.



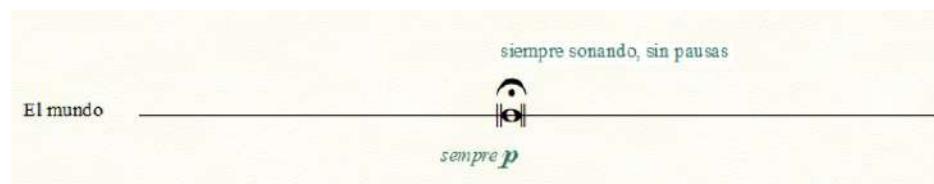
Dejaron a un lado el primer resultado y ansiosos sacaron de la caja el resto de materiales, la calabaza la partieron en la mitad, sacaron el relleno y pusieron en ella el maíz pira en pepa. Amarraron con fuerza para unir las dos partes y en sus pequeñas manos batían de un lado al otro el Maracón de calabaza. La alegría de los niños se hacía evidente en sus rostros, en la sorpresa que encontraron al descubrir que ellos mismos pueden crear instrumentos musicales, que pueden hacer música a partir del uso de sus manos y de la imaginación, Emilio nos decía “yo no sabía que uno podía hacer maracas con las auyamas” contento con el hallazgo soplabla el Suki y removía el Maracón.

Finalmente, propusimos hacer un grupo musical, así que se organizaron; primero entraban las zanahorias, después lo hacían las maracas. Las risas y los gritos de los niños se convirtieron por unos instantes en los sonidos de la plaza, las melodías de la zanahoria y las auyamas, acompañaban. Decimos que se transformaron porque normalmente los sonidos de la plaza son anuncios de ofertas, gente vendiendo sus artículos, el cuchillo pasando por la piedra para ser afilado, pasos apurados, costales descargados, la escoba bailando de lado a lado...o como dice Ariana “la plaza suena a neveras encendidas y un montón de gente hablando”. Fue bonito escuchar a Juan Alejandro diciendo que cuando está en la plaza le da timidez porque hay mucha gente, pero que se divierte por todo lo que se puede encontrar en ella; y es que él, siendo un pequeño tímido de 10 años, sin importar quienes estuvieran cerca meneó su maraca, sopló su Siku, tarareo y meneó su cuerpo; cada uno de ellos, hizo que la plaza sonara a infancia, a diversión, al arte que sale de sus manos construido desde productos que seguramente venden sus padres o con los que se han alimentado.

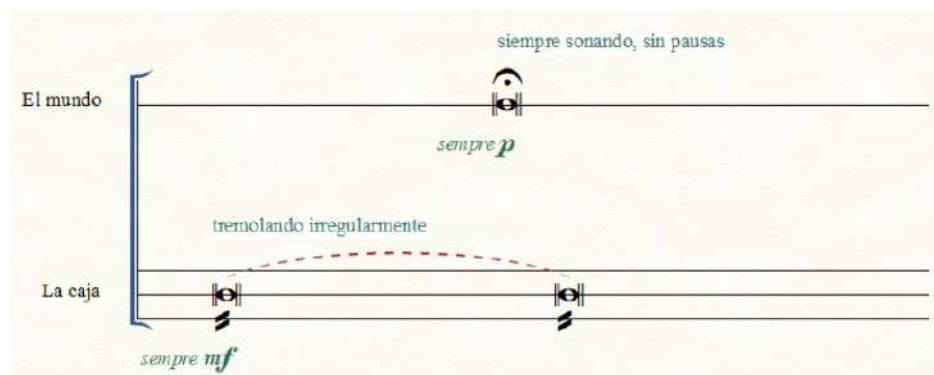


Todo suena, siempre suena:

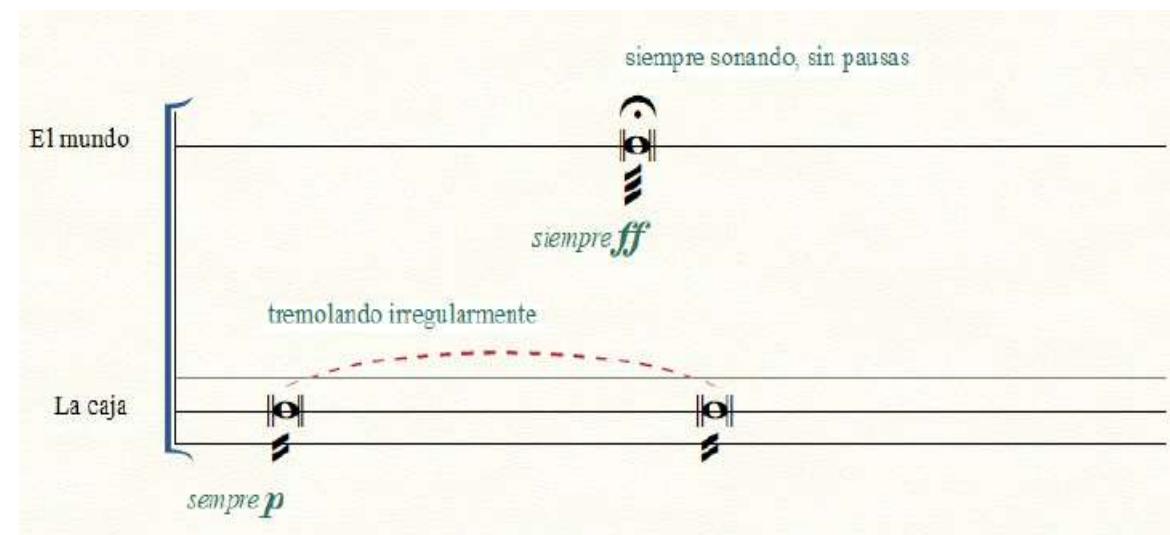
*Incluso estando en casa, antes de partir,
todo suena, siempre suena.
Suave y al fondo suena.*



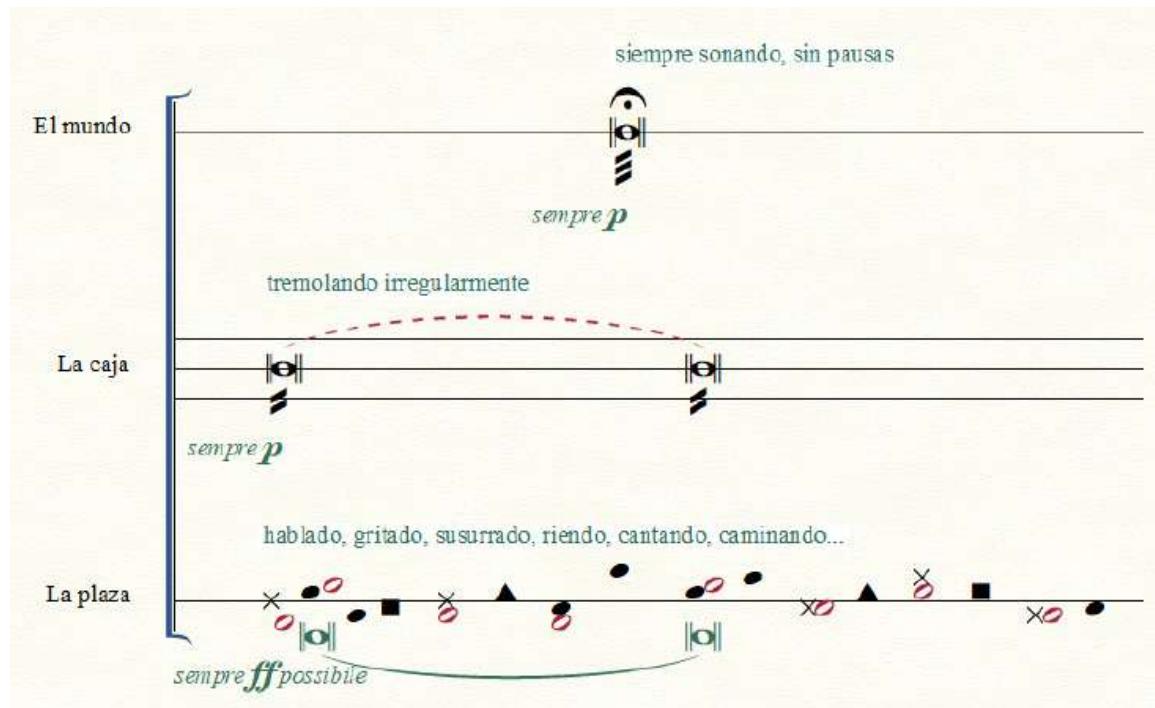
*Luego se toman los elementos del taller, unas cajas de cartón armadas a mano (con un par de zanahorias, unos cuantos metros de cabuya, dos pequeñas bolsas de maíz pira y una auyama que, aún siendo de las más pequeñas que se encontró, a duras penas cabe en la caja).
Como era de esperarse, la caja también suena, mientras el mundo afuera todavía suena.*



*Afuera la caja también suena,
pero ahora está consumida por el mundo, el cual hace presencia real y
demuestra el ímpetu de su ser en su propio sonar.
El Siete de Agosto suena,
suena fuerte, siempre variado, siempre constante.*



*También la plaza suena,
las voces de quienes la habitan,
las neveras de quienes la habitan,
los pasos de quienes la habitan.
El mundo sigue sonando afuera, pero adentro la plaza se impone.
La caja sigue sonando adentro, pero afuera la plaza se impone.*



Ya las cajas no suenan,
 las zanahorias, las auyamas, las cuerdas y el maízpira ya no suenan.
 Luego en la mesa donde se hará el taller, suena la plaza.
 Al fondo suena, suavemente, el mundo.
 No obstante, la caja sigue ahí, en silencio, sobre la mesa,
 esperando que su contenido suene nuevamente.

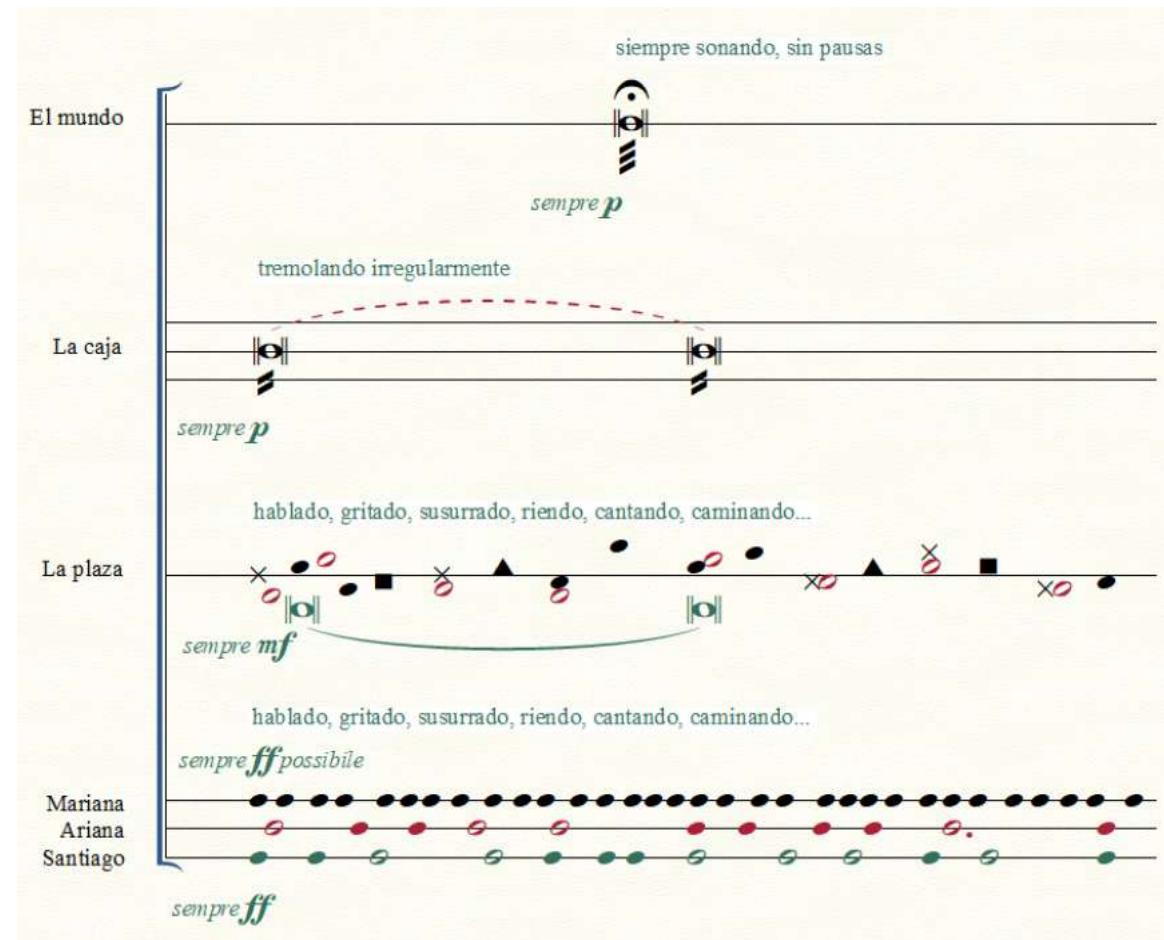




Cuando llegan los niños, todo cambia:
 Suena Ariana,
 suena Santiago,
 también, y sobre todos, suena Mariana.
 Ahora las cajas suenan nuevamente.

La plaza ya no se siente tan aplastante,
 la particularidad de unos cuantos individuos se le superpone.

El mundo sigue sonando al fondo.



Así se mantiene, aunque a veces mi propia voz se alcanza a escuchar.
 Esta también es fuerte,
 la debo adaptar al contexto sonoro del lugar.

Ya la caja no es la caja, ahora la caja es el taller,
 Es hacer una flauta con zanahorias.
 Es hacer un maracón con auyamas.

siempre sonando, sin pausas

El mundo

sempre p

tremolando incluso más irregularmente

El taller

sempre mf

hablado, gritado, susurrado, riendo, cantando, caminando...

La plaza

sempre mf

hablado, gritado, susurrado, riendo, cantando, caminando...

Mariana Ariana Santiago

sempre ff possibile

hablado, gritado, susurrado, riendo, cantando, caminando...

hablado tranquilamente, como dictando un taller

Mi voz

sempre ff

Por un momento, todo tiende a desaparecer, suenan flautas de zanahoria y suenan (aunque casi no suenan) maracones de auyama.

siempre sonando, sin pausas

El mundo

sempre ppp

hablado, gritado, susurrado, riendo, cantando, caminando...

La plaza

sempre ppp

hablado tranquilamente, como dictando un taller

Mi voz

sempre ff

tanto rubato como sea humanamente posible, casi como se improvisara, casi como si no se pudiera ejecutar correctamente

Las zanahorias/las flautas

fff

Las auyamas/los maracones

tremolando incluso más irregularmente

sempre fff: ma ppp

Todo sigue sonando.
De fondo, el susurro del mundo se percibe suavemente,
carros, voces, gritos, vendedores,
más carros.

En segundo plano, la plaza ya no es tan imponente como creía,
hay voces, escobas, gritos, canciones, pasos.

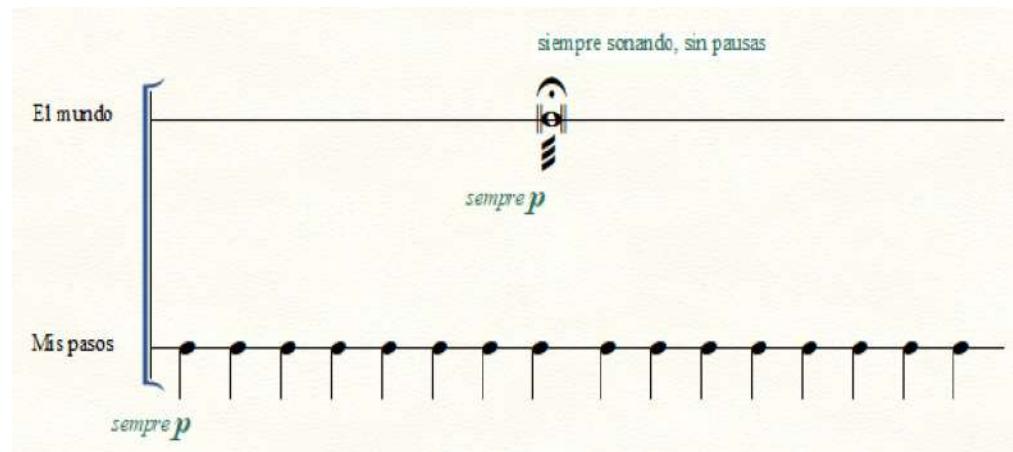
La plaza sigue sonando pero no la escuchamos,
en el taller no la escuchamos.

El taller suena,
los niños suenan, yo sueno.

Pero esta vez no hay partitura.

*El taller termina y el camino a casa suena diferente.
Ahora está el mundo, nuevamente,
pero ahora están también mis pasos.*

Ya no hay caja, ya no hay plaza, ya no hay niños.



**El mundo suena,
siempre suena.**

**Pero aún más importante,
nosotros sonamos,
hacemos sonar al mundo.**

**Nuestros actos, nuestras labores, nuestros quehaceres
hacen sonar al mundo.**



Taller Expresión Corporal

Para el último encuentro de actividades propuestas para los trabajadores de la plaza y sus familias, realizamos un taller de expresión corporal. Nuevamente, recibimos en el espacio alrededor de diez niños y solamente dos adultos. Sin embargo, varios de los profes de apoyo participaron generando un encuentro más participativo y animando a quienes se encontraban en el mismo.

Sin lugar a dudas, la expresión corporal está adherida a nosotros, todo el tiempo nos estamos comunicando por medio del cuerpo y con él, por medio del lenguaje, gestos, acciones, formas de ver e incluso, silencios que expresan significados externos. Es por ello que, durante el proceso en la plaza, evidenciamos que hay ciertas formas de actuar y de hablar con las que los trabajadores de la plaza de mercado venden sus productos e interactúan cotidianamente en sus puestos de trabajo tanto con los clientes, como con los demás empleados o encargados de los establecimientos.

De tal manera, abrimos un espacio para que el juego sea el protagonista en la plaza de mercado. A lo largo de la implementación de esta iniciativa, descubrimos que para los niños de la plaza, este es un lugar de encuentro, de socialización, de diversión y de juego con sus amigos. Se juntan los hijos de los trabajadores, entablan amistades y habitan la plaza entre risas y correteadas por todos los pasillos, Santiago nos contaba *“yo acá juego a escondidas, policías y ladrones, congelados... jugamos dentro de la plaza después de hacer tareas con Maria Jose, Mariana, Alejandro, Miguel y Samuel ¡somos amigos desde hace rato! y es que la plaza es muy chévere porque hay muchas cosas”*.

Igual que Santiago y sus amigos, decidimos jugar en la plaza. Poner nuestros cuerpos en movimiento y divertirnos de manera que al ritmo del “touch the body” se empezó a soltar toda la pena, la timidez que cargamos para cantar o menear un poco las caderas. Para algunos fue más difícil poder romper el hielo y sentirse cómodos en la actividad, de hecho, hubo algunos que se quedaron como estatuas y su cuerpo expresaba vergüenza. Sin embargo, como es natural, cada uno tiene su tiempo, sus formas de interactuar y de entrar en confianza, de sentirse cómodo. Fue evidente en cuando pasamos a la segunda actividad, en la que pusimos cáscaras de mazorca en nuestras espaldas y había que proteger las propias y quitar las de los otros participantes. En esta ocasión, las estatuas se movieron, Antonia y Joaquín ya no estaban plantados en el piso mirando al suelo sino que, sus pies decidieron correr para proteger sus cáscaras y quitar a los demás. Las risas no faltaron, tampoco las caídas y un par de choques entre los participantes, con ello, evidenciamos que el juego es una posibilidad para expresar con el cuerpo y a la vez, este envía un mensaje de cómo nos sentimos.

Finalmente, realizamos con naranjas una actividad de concentración y de manejo corporal en la que era necesario mirar al otro, comunicarse de manera personal y leer lo que el cuerpo del otro nos transmite, así sea en estado de quietud. Por ello, el tamaño, la altura, los movimientos rápidos o lentos entre otras cosas, nos daban información de cómo pasar la naranja, con qué fuerza y a qué distancia. Así fue como se llevó a cabo el último taller, en el que pequeños y grandes pusieron sus cuerpos en movimiento para jugar, para divertirse en lugares destinados a otras actividades, con elementos que tenemos a nuestro alcance, dándole la oportunidad a nuestro cuerpo de que experimente el arte en lo propio, porque evidentemente, el arte está también en cómo nos desplazamos, cómo hablamos, cómo interactuamos, en las formas de relacionarnos y ocupar los espacios.



CABEZA, HOMBROS, RODILLAS Y PIES
Y TODOS pa' LA PLAZA OTRA VEZ

Cuerpo y Juego

Jugar, es una facultad con la que nace el ser humano y de pronto, se abandona.

Parece como si el juego perteneciera meramente a la realidad circunstancial del niño y la niña y que, al crecer, este es abandonado por las obligaciones, el trabajo, la madurez y las responsabilidades que a diario nos comprometen con una vida mejor.

Al crecer, el juego se abandona muchas veces.

El cuerpo, por su parte, no se abandona.

*Se vive con el cuerpo,
se camina con el cuerpo,
se piensa con el cuerpo,
se ama con el cuerpo,
se trabaja con el cuerpo,
se existe siendo cuerpo,
se habita con y en el cuerpo.*

Pero el cuerpo no es solo cuerpo, el cuerpo es sujeto.

El cuerpo es pensamiento.

El cuerpo es sentimiento.

El cuerpo es sonido, palabra.

El cuerpo es color.

El cuerpo es, lo que sí mismo le permite ser.

*Cuerpo y juego, no son ajenos, como sentimiento y pensamiento.
entonces...*

¿por qué el “afán” de desunir?

*El cuerpo habita, habla, expresa, piensa, siente
¿juega?*

Mi mamá se levanta todas las mañanas y hace de desayuno lo que ha pensado desde la noche anterior, incluso lo ha imaginado desde el inicio de la semana -Huevos con tomate y cebolla, una arepa despelucada y chocolatico; me encanta despertarme en la mañana bajo el susurro de mi

mamá y sentir el olor a chocolate caliente...

Toca de a media pastilla de chocolate por pocillo para lograr desayunar toda la semana.

Yo, desayuno con agrado y me voy para el colegio. Al regreso, mamá me tendrá un plato caliente de comida, nunca falta. Hay dos posibilidades, una, que haya algo rico; dos, que sea algo feo. ¡Ahg! No puede ser... Llego muy cansada del colegio y veo esto... Lentejas!

Preparo mi maleta y hago mis tareas.

A la noche, llega la cena, un cerealito con yogurt porque se había podido comprar.

A mi mamá le fue bien en las ventas del día y me dio esa sorpresa.

Dormí feliz.

Hasta mañana.

Laura – 10 años

Huevos con tomate y cebolla, una arepa despelucada y chocolatico, si, eso voy a hacer de desayuno. ¡Ahg!, solo me queda un tomate... Somos 5... Hoy tengo que comprar más.

\$1.400 la libra, 4 tomates... bueno, para dos días, el viernes y el domingo, ¿los otros? Pan y chocolate o changua. Sí. ¿los huevos volverán a su precio normal? Ya no estamos en paro y los huevos siguen caros, \$14.000 la cubeta doble AA. ¡Ush! Si somos 5 entonces voy a poner 6 huevos, porque solo hay un tomate, así rinde.

Arepas toca comprar. Las voy a encargar... De a media pastilla de chocolate por pocillo... ¡Aaah! Juepucha chocolate, siempre me pasa, me va a tocar quedarme viendo la olleta entonces... 5:20, voy a dejarla y dormir 10 minuticos más.

Que te vaya bien, tomate el jugo de guayaba, no me lo vas a dejar porque sino no te vuelvo a mandar onces al colegio, llega aquí todo caliente y ¿quién se toma eso? Después toca botarlo...

Que Dios te bendiga.

-“Hola veci, como está, qué le hace falta llevar”, “le tengo la albahaca, el tomillo, las veladoras, el eucalipto”, llévelo, ¿lo va a llevar?, “Se lo dejo en \$1.000 pa’ que lo lleve. Lleve este también, eso le sirve, llévelo y le encimo estos dos...”-

Se lo tienen que comer, dígame que se coma todo, que no moleste y no sea desagradecida. Sabe qué, pásemela, por favor... No, se lo come, eso es lo que hay... ¿Se tomó el jugo?

Bueno, nos vemos más tarde... haga tareas y se acuesta temprano. Chao.

Mercedes – 47



Juagamos con la razón, pensamos para jugar, jugamos con la cabeza, aprendemos las reglas, nos las saltamos, creamos algunas nuevas y en este pensar nos acompañan los colores, los olores, los sonidos. Reímos, nos molestamos, jugamos y vivimos. Vivir también es parte del juego.



Cargo los bultos que dentran con la mercancía para la venta.

Llego a eso de las 3:00 de la mañana con mi mujer y el camión, ella se encarga de organizar la mercancía, barrer el local, limpiarlo, mantenerlo bonito para la clientela, ¿si me entiende?, mientras tanto yo voy ingresando la mercancía al local; la papa, la arracacha, la cebolla. Compro directamente a los campesinos y es lo que vendo en mi local, el puesto número 6 de la plaza.

Yo vendo lo que es la arveja, la yuca, los productos como verduras, ¿si me entiende?, la zanahoria, la arracacha, habichuela, cebolla larga, bueno, muy surtido, todo surtido y papa, por supuesto, papa es lo que más vendo.

Yo llegué acá en el año 2000, como empleado y ahora soy comerciante y productor de papa pastusa.

Yo llegué como empleado, llegué como desarmador de la papa y ahora, gracias a Dios tengo mi puesto muy bien ubicado y se consiguen todos los productos.

Yo ahora soy agricultor y pues comercializo mis propios productos yo mismo, yo los siembro, los cosecho y los mando a traer en el camión directamente desde la finca para que mis clientes tengan un buen alimento, estén contentos y vuelvan. Yo tengo también una niña, ella va al colegio. Está contenta.

Y mi mujer, siempre me ayuda, trabajamos juntos y pues yo la quiero mucho, es como mi compañero la de vida ¿si me entiende?

Luis – 52 años

La maleta del colegio es pesada.

Es que tengo que llevar los cuadernos, los libros, el almuerzo y pues todo eso siempre pesa.

Hija de Luis- 13 años

Yo no puedo cargar un bulto de papa, no puedo, la fuerza no me da. Yo me encargo de la limpieza del puesto mientras mi marido descarga la mercancía del camión. Ahora somos productores y eso nos tiene muy contentos.

La semana pasada me quedé engrampada con la mercancía afuera del local porque llegué antes que mi marido, él estaba alistando la maleta de la niña para ir al colegio y no pude cargar el bulto. La tenía por allá, unas cajas que pesan 25 kilos y yo no las puedo mover, sí. Y pues quedó la carga botada hasta que mi marido llegó a levantarla...

Esposa de Luis – 50 años



Yo estudio en la escuelita, arriba. Me despierto muy temprano en la mañana porque tengo que organizar la casa antes de salir. Yo desayuno y me voy para la escuela, es que mi clase comienza a las 8:00 de la mañana. Camino mucho y hasta muy lejos, pero a mí me gusta mucho porque me gusta jugar con mis amigos, jugar a aprender.

Mis papás me quieren mucho y están orgullosos de mí porque estoy estudiando. El camino es largo, pero yo juego con las piedras, así se me pasa mucho más rápido el camino.

Mi mamá no me puede traer a la escuela porque ella se va a trabajar y no le alcanza el tiempo, además tendría que dejarme en la escuela y después devolverse y está cansada.

Ella comienza a trabajar como a las 6:00 de la mañana, organiza la mercancía y se queda vendiendo los productos como hasta las 4:00 de la tarde.

El frío de la mañana le hace doler las pantorrillas porque se la pasa mucho tiempo caminando y parada vendiendo los productos y por la noche, cuando ya yo he regresado de la escuela y ella del trabajo, comemos juntas.

*Por eso me voy sola yo a la escuela.
Mi mamá trabaja y yo estudio.*

Mariana - 11 años

“El cuerpo puede volverse hablante, pensante, soñante, imaginante. Todo el tiempo siente algo. Siente todo lo que es corporal. Siente las pieles y las piedras, los metales, las hierbas, las aguas y las llamas. No para de sentir”.

Nancy, J. L. 2007

... Y TODOS por LA PLAZA OTRA VEZ

Palabras Finales

Son varios los reconocimientos que se pueden visualizar fruto de la ejecución de este proyecto. En primer lugar, se logró el objetivo propuesto, que buscaba promover espacios de formación en procesos artísticos a trabajadores y familiares de la Plaza de Mercado del Siete de Agosto, para contribuir al fortalecimiento local de nuevos agentes, públicos y entornos no especializados en la práctica artística. Tomarse escenarios públicos como lo son las plazas de mercado para el desarrollo de procesos de formación artístico a los trabajadores, rompe con las ideas de limitar los espacios y contextos a una realidad única, en este caso, a que es solo un escenario de comercialización, de modo que se logró manifestar la democratización del arte y la cultura como una posibilidad de encuentro y socialización entre individuos no especializados en el hacer artístico, pero que sí reflejan mucho interés es ello, en otras formas de habitar sus contextos y de interactuar con sus compañeros de trabajo y familias.

Es importante mencionar que las diferentes etapas metodológicas que se propusieron fueron indispensables para que el proyecto culminara de la mejor manera. La sensibilización y caracterización permitió conocer los contextos y acercamientos a las prácticas artísticas a las cuales tienen acceso, que en realidad son muy escasas, pues se ha buscado formarlos en otras especialidades como contabilidad, sistemas, manipulación de alimentos entre otros; por ello, este proyecto innovó en llevar a los sujetos una posibilidad nueva, en la que el arte se convierte en develadora de identidad, de modo que a través de esta se reconocen como gestores de la identidad cultural de la localidad. Los niños encontraron en sus padres artistas al ver que la zanahoria, la calabaza, ahuyama, papa, mazorca, lana, entre otros elementos con los que trabajan, los transformaban en instrumentos musicales, máscaras, plastilina, trenes o animales. Encontraron arte y cultura en sus cuerpos, formas de caminar, de hablar y de vestir; en la particularidad de vender sus arepas y el pescado, el tono y el lenguaje como expresiones artísticas que develan que son ellos transmisores de las artes y constructores de identidad.

Si bien es cierto, que no llegaron a los espacios de formación e intercambio todos los trabajadores de la plaza, quienes allí estuvieron fueron un incentivo para nosotros como maestros y gestores culturales, así como también para nuevos públicos artísticos mediante procesos de creación y educación no formal, en la que una Plaza de Mercado convirtiéndolo en un escenario educativo, de formación, de saberes, de diversión y claramente, de aprendizaje.

El proyecto *Intercambiando Saberes, una Mirada a la Plaza del Siete* demostró la importancia que tienen las plazas de mercado en el sector local y más aún reivindicó el papel de sus comerciantes y trabajadores junto a sus familias, pues son ellos quienes mantienen vivo este espacio y facilitan un diálogo permanente y cívico entre la población local. Así, al propiciar un escenario de exposición artística no convencional en la Plaza de Mercado del Siete de Agosto se visibilizó la obra de arte como un suceso social, valorando los oficios y labores que se desarrollan al interior de esta y que quienes vamos a comprar en ellas podemos identificar y valorar nuevas formas de habitar los espacios. Los trabajadores y sus familias fueron protagonistas, sus imágenes impresas a gran escala que se exponen ahora en la plaza de mercado de manera permanente, llenas de risa reflejan que aquel señor serio que está vendiendo el aguacate se pintó de rojo el rostro. La galería es espejo de una población cargada de vida, que trasciende de sentarse en la silla para promocionar la libra de arveja, porque también son papás, abuelos, amigos, vecinos, estudiantes y artistas.

Se destaca de este proyecto formativo la posibilidad de intercambio social que se gestó a lo largo del proceso, que por ser un espacio abierto, inclusivo e intergeneracional, logró visibilizar las ARTES PARA TODOS, en las que vimos reír y disfrutar a niños, jóvenes y adultos; mientras que a su vez se destacaba la importancia de las plazas de mercado y sus trabajadores como espacios y agentes que definen la cultura en Colombia, por cuanto representan la idiosincrasia y las dinámicas sociales en las cuales los individuos participan, ya que reflejan las estéticas de la cultura por medio de atuendos, expresiones y comportamientos, que reunidos en lugares concretos identifican la compra diaria como una excusa simbólica que permite la relación entre personas.

El proyecto tiene más que un alcance local, puesto que a nivel nacional las plazas de mercado y sus trabajadores deberían destacarse por ser representación de la identidad cultural del país, son ellos facilitadores de vínculos y constitución social. Sin embargo, hay que promover más espacios como este, en el que la comunidad ponga en diálogo sus saberes y conocimientos junto a los de otros. Pero que también se les permita acceder a otro tipo de realidades, formas de expresión, encuentro de subjetividades, entre otros.





La Escuela Abierta

Video memoria:

<https://www.youtube.com/watch?v=pEeDy-nE38Q&t=30s>

Pagina Web:

<https://laescuelabierta.com/>



Agradecimientos especiales a todas aquellas personas que de bonita manera hicieron parte del proceso realizado con La Escuela Abierta







